

—¿Qué te han dicho?—le preguntó Dournof con cierta curiosidad.

Niania hizo una mueca de desdén.

—Que era una ingrata, una perversa, una miserable... El viejo lloraba, por él me hubiese quedado, en cuanto á ella no la quiero ver.

—Sin embargo, es muy digna de compasión—objetó Dournof.

—¡Por su culpa! ¡Tanto peor para ella!—replicó la anciana con ira.—¿No sufrimos todos por su culpa? pues que sufra también ella. Esto es muy justo.

Dournof no volvió á ver á los Karzof; poco tiempo después el viejo tomó el retiro, y moría seis semanas más tarde de aburrimiento más que de dolor. La señora Karzof, abrumada por los remordimientos cuya responsabilidad no quería admitir, siempre en lucha consigo misma, siempre irritada contra los demás, se retiró al lado de una parienta que tenía en provincias.

Sólo Juan, conservaba la amistad de Dournof y el cariño de la vieja. De vez en cuando iba á verles y pasaban juntos una hora saboreando la amargura de los recuerdos; pero obtuvo una colocación en provincias y Dournof y la criada se quedaron solos, para librar la gran batalla de la vida, en la que era preciso morir ó vencer.

XVIII

Dournof no era de los que sucumben con facilidad; una naturaleza fuerte, unida á una firme energía, le daban el valor necesario para sufrir todas las contrariedades. Tuvo días de miseria, pues durante la enfermedad de Antonia gastó su pequeño capital; la criada y él más de una vez comieron solamente un puñado de harina de avena adquirida á crédito; pero el pan amargo del trabajo estéril, lejos de debilitarle pareció redoblar sus fuerzas. Durante el período de prueba, comprendió *Niania* no haberse equivocado al elegir á Dournof por amo y cada día le amaba más.

La labor constante vence todos los obstáculos; esta era la máxima de Dournof y con ella venció. Diez y ocho meses después de la muerte de Antonia un proceso famoso dió á conocer su talento, y como sucede con frecuencia, el que el día anterior era un desconocido, se transformó en hombre célebre. Las consultas vinieron de todas partes, el ministerio de Justicia le hizo proposiciones y sin poder imaginarse cómo, se halló nombrado juez. Muchos fueron los envidiosos que decían haberse quebrantado la ley con este nombramiento, pero el ministro tapó á todos la boca diciéndoles:

—Que demuestren tener más talento que él y aun les pondré más altos.

Dournof ya no era un paria, que por pura benevolencia fué recibido en una sociedad superior á su ran-

go. Era el señor presidente Dournof, un hombre de talento que había dado pruebas de una sagacidad extraordinaria, así es que todo el mundo se sentía orgulloso de su trato. La alta aristocracia le tenía alguna prevención, pero debía desaparecer con el tiempo.

Con la misma tranquilidad con que soportó los días malos, acogió el joven su nueva situación. El orgullo no entró en él. Siempre al lado de *Niania*, que había gastado la mitad de sus economías en quemar cirios en favor del joven, durante la época de su infortunio, fué á habitar una casa en relación á su nuevo rango; un criado abría la puerta, una cocinera de Finlandia reemplazó á *Niania* en la cocina, quedando la anciana de ama de llaves; pero el joven conservó la misma sencillez de vida y el mismo despego por las cosas materiales. El duelo que siempre llevaba en su alma le impedía prestar atención á las cosas exteriores.

Durante los días de lucha, al sentirse desfallecer tenía un refugio seguro contra su debilidad. Cuando después de un día empleado en una labor ingrata sentía que los ojos le dolían y la cabeza le zumbaba, emprendía el largo camino de Pargolovo.

Aquel trayecto, cien veces recorrido, le era muy familiar; constituía para él una especie de calvario, aquel camino en el que sostuvo en sus brazos á Antonia casi desfallecida. Era una noche de estío, clara y serena; la luz se extendía por el campo, el joven veía poco á poco sombrearse la atmósfera y bajo aquella semi-claridad de las noches del norte, en donde casi se puede leer, seguía su solitario camino.

El cielo empezaba á sonrosarse por oriente, cuando á las dos de la mañana llegaba Dournof al cementerio; no había obstáculo que le impidiese la entrada, en Rusia no suelen cercarse con tapias los cementerios, pues es muy raro que nadie viole una sepul-

tura, y se detuvo ante la cruz de hierro que marcaba el sepulcro de Antonia.

Allí sentado sobre la losa de piedra, comunicaba á los restos de la que amó, sus pesares, sus desfallecimientos del día anterior... lloraba sin temor sobre aquella tumba guardadora de todas sus ilusiones, y al salir el sol, le parecía que con él volaba el alma de la joven... luego volvía á la ciudad, fatigado, pero con el corazón lleno de consuelo, pues creía haber oído estas palabras pronunciadas por Antonia.

—Trabaja, pues yo lo quiero, y serás un hombre útil á tu patria.

Avergonzado de su momentánea debilidad, Dournof volvía á engolfarse en el trabajo.

En su polvoriento traje, *Niania*, que le esperaba toda la noche, adivinaba el fúnebre paseo dado por el joven, secaba sus cansados ojos, en los que siempre había lágrimas, y al servir el frugal almuerzo decía en voz baja:

—¿Está *allí* todo en orden?

—Sí—contestaba Dournof.

Le miraba con compasión y lanzando un suspiro redoblaba sus cuidados.

El invierno interrumpió las visitas á la tumba de Antonia, á pie el camino era casi impracticable. Dournof fué algunas veces, pero en trineo.

Dejaba el vehículo en la posada, y solo, pisando sobre la blanda nieve subía á la colina, que dominaba el entonces congelado lago. Aquella peregrinación estaba amargada por la presencia del cochero, alguna vez borracho y siempre grosero maldiciendo el capricho de un señor que en pleno invierno le obligaba á recorrer cuarenta kilómetros por aquellos caminos intransitables.

Dournof esperó á que terminase el invierno para volver al cementerio. Apenas comenzaba á despuntar la hierba, daba comienzo á sus visitas. La suerte

aun no había cambiado para él; pero la presentía; mil detalles insignificantes precursores de la nueva aurora se lo anunciaban. Un día así se lo comunicaba á Antonia puesto de rodillas sobre su sepulcro; le pareció que la muerta le contestaba:

—Sabía que esto tenía que suceder.

Al año siguiente, al recibir su inesperado nombramiento, se quedó sorprendido; durante algunos días le parecía increíble tanto honor. Todo lo que le rodeaba había cambiado de aspecto á sus ojos; y en efecto, los que se le acercaban hablaban con él de un modo muy distinto del de antes, mostrándole un respeto al que no estaba acostumbrado, como si fuesen sus subordinados. Todas esas consideraciones que rodean á los que ejercen un poder, lejos de halagarle, le disgustaban.

—Yo soy el mismo de antes—pensaba—¿por qué han cambiado ellos?

Sin embargo, tuvo que amoldarse á su nueva posición; al entrar en su casa hallaba á *Niania*, siempre la misma; cuando la repentina elevación de su amo, se concretó á felicitarle con toda su alma, pero sus atenciones siguieron siendo las mismas, con su bondad familiar seguía arreglándolo todo, aceptando con indiferencia el cambio de la nueva posición: pero nunca hizo á su amo una reverencia más. Así es que cuando Dournof se sentía molestado por la etiqueta oficial, ibase al lado de la humilde mujer en donde todo era sencillez y bondad.

—*Niania*, ¿estás contenta?—le preguntó una noche al regresar de una reunión, dada en casa de un ministro.

—Estoy contenta—repuso con gravedad.—¡Pero lo estará la difunta!

Dournof enrojeció. Durante aquella velada no había pensado ni una sola vez en Antonia. ¿Acaso no fué ella quien le inspiró valor para elevarse?

Durmió poco, á la mañana siguiente tomó un coche y fué en busca de un jardinero encargándole una magnífica corona blanca.

Una hora después, la corona estaba en su gabinete de trabajo; á pesar de lo riguroso de la estación se habían hallado rosas, camelias, jacintos y lilas de una blancura inmaculada. Dournof contempló algunos instantes su ofrenda, y su ambiciosa alegría desapareció de repente ahogada en un profundo pesar.

¡Qué feliz hubiese sido la joven al permitirle llevar su nombre! Qué alegría tan noble y tan pura hubiese henchido su alma, ¡con qué dignidad no hubiera compartido su suerte!..

Permaneció absorto, no oyendo los pasos de *Niania* que vino á colocarse á su lado.

—¡Pobre niña, es su corona de desposada!—dijo la vieja.

Se inclinó besando con piedad un ramillete de flores de naranjo oculto entre hojas de verdura.

Dournof movió tristemente la cabeza y salió de su casa, llevando en la mano la fúnebre corona, pues no quería confiársela á nadie.

En el momento de subir al coche, un trineo doblaba el ángulo de la calle; envuelto en un abrigo con cuello de plumas de cisne, veíase un lindo semblante sonrosado por el frío, era la hija del ministro. Dournof la saludó al reconocer á Mariana, á la hija de su protector, con quien habló la víspera en la reunión dada por su padre.

El trineo pasó, Dournof pudo meter la corona en el coche y poco después desfilaban ante él las viejas casas, medio envueltas por la nieve del San Petersburgo antiguo, que cubren el camino de Finlandia.

La nieve se amontonaba sobre la tumba de Antonia, el jardinero no cumplía con su obligación.

Dournof se hizo traer una azada, y con sus manos limpió la fúnebre losa.

Concluída aquella operación, colocó en la cruz su débil ofrenda que muy pronto el viento glacial debía destruir, luego contempló el monumento funerario.

Aun no hacía tres años que vió encerrar en él todo lo que amaba; inclinado sobre aquella fosa, se dijo que la vida ya no tenía para él razón de existir, que esperaba muy pronto la muerte... sin embargo había vivido. ¡Y el abismo que separaba al pobre diablo, rechazado por una familia de la clase media, se había trocado en el respeto de todos! Tres años bastaron para realizar semejante obra.

Dournof pensó que sin la obstinación de la señora Karzof, ahora hubiese podido pedir á Antonia, que lejos de rechazarle, la familia hubiera considerado esta petición como un honor, y entonces sintió compasión de la vanidad humana.

Además, otra idea cruzó por su mente, ahora cualquier familia le admitiría en su seno, el mundo se abriría ante él.

—Tú te casarás—había dicho Antonia. Aquel pensamiento que entonces no pudo aceptar se presentaba ante su imaginación bajo una nueva fase. En efecto, necesitaba casarse, pero no entonces, lo más tarde posible. Se casaría por conveniencia, para fundar una familia, para tener hijos.

—¡Ah, querida Antonia!—suspiró pasando sus labios sobre el helado granito—será un sacrificio cruel, pues yo no puedo amar á nadie más que á ti!

Regresó pensativo á la ciudad. Eran las cuatro, comenzaba á anoecer, el alegre bullicio que precede á la hora de comer, el brillo de las luces; todo el movimiento de una ciudad lujosa y amante del placer, dió un nuevo curso á sus ideas. La vida social había puesto sus garras sobre él. El pobre estudiante sin fortuna ni porvenir podía descuidar las apa-

riencias; el presidente Dournof no debía hacerlo. Entró en su casa, y después de comer se fué á la ópera.

Por fortuna aquella noche no ponían en escena *Lucia*, obra de tan fúnebres recuerdos para él. Una compañía muy aceptable cantaba el *Don Pascual*. Los entreactos son largos; pues la ópera es corta y no es cortés despedir al público antes de las diez y media.

Durante un entreacto Dournof paseaba sus gemelos por la platea; vió en su palco al ministro de Justicia y le hizo un saludo respetuoso que le fué devuelto, acompañado de un ademán de invitación.

Dejó su localidad para ir al palco.

No era el único que había ido á saludar á su excelencia. Por más que Dournof era muy joven, su protector le distinguía mucho.

—Y bien, señor Dournof,—le dijo con benevolencia—hemos venido para ver su corona de usted, pues supongo que estará en el teatro.

—Perdón, excelencia, no comprendo... ¿A qué corona se refiere?

—La que usted sostenía esta mañana con tanto trabajo, y al verle aquí esta noche pensé que estaba dedicada á la Patti.

La hermosa Mariana, sentada junto al antepecho del palco, dejó de mirar el salón para fijarse en el presidente. Un hombre que ofrece una corona de quinientos francos á una cantante siempre es un tipo interesante.

Dournof palideció, haciendo un ademán hacia atrás.

—Perdone, excelencia; pero esa corona la he llevado al cementerio de Pargolovo, á la tumba de mi prometida, muerta hace tres años.

Semejante contestación hecha en voz muy baja, sólo debía haberla oído el ministro; sin embargo,

contra todas las leyes de la acústica, llegó á los oídos de Mariana, pues indicando al presidente una silla vacante que estaba á su lado le dijo:

—Siéntese usted, señor Dournof.

El ministro, que era un buen hombre, le dió sus excusas; tampoco él había nacido en las gradas de un trono. Su origen era tan modesto como el de Dournof, á sus propios méritos debía la actual posición que ocupaba, pero menos afortunado en sus comienzos llegó á ella en edad relativamente avanzada, faltándole en parte ese tacto social, que poseen las personas acostumbradas á frecuentar la alta sociedad; de no ser así no hubiese hecho al joven una pregunta que bien se puede calificar de indiscreta.

Aquella escena terminó invitando al joven á comer el próximo lunes, invitación que fué aceptada con agrado.

Durante el tercer acto, los gemelos de Mariana buscaban en vano á Dournof; éste había salido del teatro.

XIX

—¡No sabes una cosa, querida mía; hay un hombre que es capaz de llevar flores á su prometida, muerta hace tres años! ¡Esto es una novela, mucho más un sueño! ¡Estas cosas casi nunca suelen ocurrir!

—¡Lienes razón, Mariana, no suceden!—repuso su amiga Vera—yo tampoco creo una palabra de semejante historia.

—Pero entonces ¿que ha hecho de las flores?

Vera hizo una mueca significativa.

—Flores—exclamó.—¡Vaya una cosa difícil de colocar! Sobran en San Petersburgo mujeres de todas clases dispuestas á aceptarlas.

—Un ramillete de flores, sí. ¡Pero una corona y además blanca!...

—El hecho es—repuso Vera—que una corona blanca no se puede ofrecer más que á una persona á quien se adora en secreto y puesta sobre un pedestal más alto que la columna de Alejandro.

—Vamos, Vera, tú te burlas; pero no está bien, máxime cuando ves que la cosa me interesa.

—¡Oh; si Dournof te interesa, no diré una palabra, puedes estar segura de ello.

—Sí me interesa, esa fidelidad de perro, creo que no existe más que en las novelas.

—¡Ba! esas cosas son de buen tono y hacen á un hombre interesante.

—¡Canastos!

Mariana, escandalizada de su propia frase, se levantó y se puso á pasear por su gabinete, sitio donde las jóvenes conversaban sin testigos.

—La prueba de que eso hace á un hombre interesante es que tú ya te ocupas de ese caballero, de no ser así no te hubieses ocupado de él. ¿Es arrogante su figura?

—No lo sé—dijo Mariana titubeando.

—¿Se le puede ver?

—Esta noche viene á comer con nosotros.

—Muy bien; entonces yo veadré á tomar te. Tengo curiosidad por ver á un ser de carne y hueso que guarda un recuerdo desde hace tres años. ¿Cómo se llamaba esa joven?

—No lo sé y quiero saberlo—dijo Mariana con resolución.

—Yo también lo quiero saber, y lo sabré, puedes estar tranquila.

—¿Cómo?

—Muy fácil, en la cancillería hay un ujier viejo que lo sabe todo; dándole el nombre de Dournof le bastará para saber lo demás.

La señorita Vera era hija del auxiliar del ministro, cargo oficial desconocido en Francia, pero muy buscado en Rusia, pues con muy poca responsabilidad da mucho poder y permite que desarrolle sus iniciativas quien lo ejerce.

Vera, al irse, encargó á su amiga cuidase mucho su tocado.

Mariana la despidió con una mueca y al quedarse sola se sentó ante el espejo, y llamando á su camarera, dió principio á su tocado.

Mariana era una hermosa rubia de diez y siete años, de cutis nacarado, sus ojos parecían flores de lino, pequeña de estatura; pero arrogante, de movimientos vivos como la ardilla. Su madre, y no sin razón, la bautizó con el apodo de *movimiento continuo*.

La hija de un ministro está siempre rodeada de adoradores, aun cuando sea tonta y tan fea que cause horror; siendo una de tantas, Mariana hubiese sido festejada por sí misma, por su gracia, su buen humor y hasta por sus coqueterías y defectos. Muchos eran los aspirantes á su mano; pero Mariana los tenía á todos á igual distancia.

A la vez que revolvía los cajones para encontrar un traje de su agrado, se puso á meditar con seriedad, según ella, y sus pensamientos se fijaron en Dournof.

Una fidelidad de tres años era cosa que no había visto ni en las novelas, pero el héroe existía, le había visto y volvería á verlo.

Mariana se forjó en seguida una novela representándose á los dos amantes. El había visto á Antonia en una fiesta y se sentó á su lado, pidió su mano y se la concedieron; la víspera de la boda una enfermedad terrible ó un accidente arrebató á la novia y el inconsolable novio consagró toda su ternura al recuerdo de su felicidad...

—La mujer que él ame, lo será de veras— penso la joven.

Una segunda reflexión siguió á esta.

—¡Será fácil luchar contra semejante recuerdo!

Vino después una tercera reflexión y no menos lógica que las dos anteriores.

—¡Qué gloria para la que logre borrar ese recuerdo y sustituir á la muerta!

Un último pensamiento puso fin á la serie.

—¿Es que sería muy difícil?

Indudablemente era muy difícil. Mariana dejó de revolver los cajones para hundir sus dedos en el espeso cabello que caía sobre su frente. Luego, colocándose ante el espejo, se puso un traje sencillo que le sentaba muy bien. Ya tenía su plan formado.

Durante la comida, que materialmente presidió la

señora Mérof y en realidad su hija, Dournof no se fijo más que en los hombres eminentes que allí estaban reunidos. Era para él cosa demasiado nueva y muy importante entrar en relación con personalidades ilustres á las que sólo conocía de nombre. Pero al terminar la comida, cuando los hombres se dispersaron, el joven, un poco fatigado por la tensión de su espíritu, fué á sentarse en el magnífico salón de la casa.

Admiró los cuadros, el hermoso mobiliario, la elegancia de algunas mujeres amigas de la señora Mérof, y sus ojos acabaron por fijarse con placer en la señorita Mariana, que estaba sentada ante él, á poca distancia.

La joven casi le volvía la espalda; pero le estaba observando con el auxilio de un espejo; por su parte él no podía verla más que cuando ella volvía la cabeza y no le faltaban ocasiones para volver á cada momento su hermoso semblante. Los cabellos peinados cuidadosamente ondulaban sobre la frente de la joven; el escotado traje dejaba ver unos hombros tersos y bien modelados, de su cuello pendía solo una pequeña cruz de oro.

—¡Es muy hermosa la hija del ministro!—se dijo Dournof; después no volvió á pensar en ella. Al cabo de un instante sus ojos volvieron á fijarse en la joven y añadió.—Es una niña encantadora.

Como si Mariana hubiese adivinado su pensamiento se levantó con gracia: su petulancia habitual casi había desaparecido; andando como un pajarito se acercó á Dournof diciéndole con tierna humildad:

—¿Nos dispensará usted, caballero?

—Perdone usted... no comprendo, ... señorita, creo no tener nada que dispensarles...

—¡Oh sí!—repuso la joven—mi padre y yo le hemos molestado á usted la otra noche en el teatro, ... ya lo comprendí... ¡Si supiese usted cuánto lo he sen-

tido!... Hay recuerdos que son sagrados hasta para los extraños... espero que usted comprenderá que sólo cometimos una ligereza.

En un principio Dournof, por tratarse de sus recuerdos más queridos, frunció las cejas; pero eran tan dulces las frases de la joven, ponía en ellas tanta ingenuidad que no le fué posible reprimir una sonrisa.

—No merece la pena que hablemos de eso.

Precisamente esto era lo que no entraba en los cálculos de Mariana, quería hablar y para ello eligió un nuevo sistema.

—¿En dónde compró usted aquellas flores tan hermosas?—le preguntó.

Dournof dijo el nombre del jardinero.

—¿Supongo que aun llegarían frescas? ¿Fué usted muy lejos?

—A Pargolovo—repuso Dournof casi á la fuerza. Le parecía una ofensa hablar, en aquel salón iluminado, de la tumba de Antonia con una joven casi desconocida, que lucía su traje de baile. Pero hacía algún tiempo que todo era extraño á su alrededor.

—¡Tan lejos y con tanto frío! Eso le honra á usted, caballero.

No sabiendo qué responder, Dournof miró á su interlocutora, ésta fijó sobre él una mirada de admiración y de piedad. Una de esas miradas con las cuales una mujer declara hallar muy digno de su atención al hombre con quien habla.

—¡Es una buena muchacha, muy linda!... ¡Cuánto candor!—pensó Dournof.

En aquel momento era verdad la candidez de Mariana, pues procedía de buena fe, sintiendo en realidad por aquel joven que tanto había sufrido una tierna compasión. Ante todo quería saber su historia y aun ignoraba el modo de lograr su deseo: pero en aquel instante estaba dispuesta á todo; hasta sufrir

las reprimendas de su madre por hablar tanto tiempo con un hombre al que apenas conocía.

—Es usted muy feliz, caballero—dijo Mariana lanzando un suspiro.

Dournof la miró con asombro; no sabía que su felicidad fuese tanta que produjese envidia á una joven rica y de elevada posición.

—¿Por qué?—exclamó con sorpresa.

Mariana se levantó sin contestarle y se fué.

Dournof se preguntó qué podía significar aquello, reconociendo que no le era fácil descifrarlo. Aquella frase lanzada por Mariana fué á grabarse en su imaginación.

—¿Por qué soy feliz?—se preguntó al regresar á su casa. Esta pregunta irritante, puesto que era un enigma, se presentó en su imaginación durante los días sucesivos.

Por su parte Mariana se decía contemplándose al espejo:

—¡Me parece que el asunto no será tan difícil como creí.

XX

A la mañana siguiente, la señorita Mérof acababa de sentarse al piano al que todos los días daba algún martirio, cuando llegó su amiga Vera con aire de triunfo. Después de cambiar amistosas caricias las jóvenes, se sentaron en una marquesina, lejos de la puerta y por lo tanto de oídos indiscretos.

—¡Lo sé todo!—murmuró Vera al oído de su amiga.

—¡Yo también!—dijo Mariana con la mayor candidez.

Vera agitó un dedo ante su nariz un poquito arregada, significando con aquel ademán:

—¡No seré yo quien lo crea!

Mariana se puso á reír y tirando á su amiga de la cadena del reloj que le colgaba fuera del cuerpo le dijo:

—¡Cuéntame lo que sepas!

Vera, orgullosa de su ventaja, tomó el aspecto de un bardo oriental.

—Pertenece á ambas familias humildes, pero honradas; se han amado durante dos años...

—¡Dos años!—exclamó Mariana levantando al cielo la cabeza.—¡Pero hay quien sea capaz de amar dos años!

—¡Dos años!—repitió la joven sin desconcertarse.

—Ella pertenecía á la media nobleza.

—¿Su nombre?

—La señorita Karzof.

—Ese me es indiferente. Quiero saber el de pila.

—Lo ignoro. Mi cicerone no me ha dicho tanto.

—Los padres de la señorita Karzof querían un yerno rico y de elevada posición; negaron la mano á ese... ese arrogante joven.

Vera miró á su amiga con el rabillo del ojo, Mariana no pestañeó.

—La joven, que parece le amaba con locura, hizo todo lo posible para coger una tisis galopante.

—¡Oh Dios mío!—exclamó Mariana estremeciéndose.—¿Y ha muerto?

—Murió tres meses después; los padres ya habían consentido en el matrimonio de los amantes, pero, como es natural, cuando ya no había remedio.

—¡Eso es una novela! ¡Una cosa imposible! ¡Eso no sucede nunca!—exclamó Mariana con tristeza dejando caer sus manos sobre las rodillas.

—¡Sin embargo, ha sucedido!—objetó Vera!

—¡Cómo debe amarla!.. ¡Ah, cuán difícil debe ser!

—¿El qué?

Mariana movió la cabeza sin responder.

—¿Supongo que no tratarás de divertirme tentando á ese pobre viudo?—dijo Vera.

—¿Por qué no?—la joven pronunció con entusiasta energía estas palabras.

—¿Por qué no—repitió—he de intentarlo? Ese pobre viudo sin ser casado no conoce más que las amarguras de la vida. ¿No sería una obra útil y noble hacerle conocer las dulzuras?

—¿Es decir que te casarías con él?

—¡Sí!—exclamó Mariana con orgullo, y quién sabe si también con coquetería.

Vera se calló mirando al suelo con preocupación.

—¿Y tus padres, lo consentirían?

Mariana hizo un ademán de indiferencia.

—El ejemplo de la otra... de la señorita Karzof ha de servir de algo—repuso en voz baja.

—¿Pero y si él no te quiere? ¿Si el recuerdo de la que fué su prometida es más fuerte que tú?

La joven hizo un nuevo ademán de indiferencia y se miró en el espejo que tenía enfrente. Su deliciosa imagen le hizo sonreír con orgullo.

—¡Bal!—dijo Vera levantándose—antes de dos días ya no te acuerdas de él.

—Pues bien, yo te prometo que antes de seis semanas será mi novio.

—¡Qué ideal! ¡Eso es imposible! La señorita Karzof era una joven seria; un poco exaltada... Dicho sea sin ofenderla, tú eres todo lo contrario. Como puedes intentar semejante cosa...

La oposición excitaba más el voluntarioso y frío carácter de Mariana. Hizo un ademán de cólera.

—Antes de seis meses seré la señora Dournof.

Vera se puso á reír.

—Antes de seis meses—replicó—me casaré con el viejo general Boum.

El citado general, cuyo nombre era Antropof, soltero empedernido, sin un brazo y una oreja que le quitaron de un cañonazo en el sitio de Sebastopol, era una especie de *coco* para los niños de cinco á siete años.

Las dos amigas, prorrumpiendo en carcajadas, raticaron cien veces sus intenciones, luego se pusieron á tocar el piano.

Sus obligaciones hacían que Dournof fuese con frecuencia á casa del ministro, el cual le había cobrado afecto; la buena señora Mérof, que supo la triste historia de su primer amor, le acogió amistosamente; pero sin ninguna intención ulterior. En todas partes donde le recibían, en ninguna era con tanta cordialidad como en la casa del ministro; iba á

ella muy á menudo y la víspera de la fiesta de Reyes se halló en medio de una sociedad de gente joven y alegre, invitados á sacar las suertes del nuevo año.

La señora Mérof había reunido todos los recuerdos de su juventud y los de una criada alemana, para hallar nuevas suertes que le sirvieran de consulta, formando así una abundante colección de supersticiones. Nada faltaba: el plomo fundido, las cáscaras de nuez, un enorme alfabeto colgado de un bastón para buscar las iniciales, no sin que antes vendasen los ojos al preguntón para que las buscarse á ciegas.

Los jóvenes se reunieron muy temprano, pues aquella noche iban á debatirse muchas cosas ocultas; más de un tímido enamorado espera, para hacer su petición, que la suerte, consultada con habilidad, le hiciese suponer le sería ó no favorable. ¡En efecto, es fácil ayudar un poco al indeciso destino! Se levanta un poco la venda para no equivocarse al buscar la mayúscula... Y el destino alguna vez suele ser clemente con quien le consulta.

Se empezó por bailar; pero el baile no era cosa que agradara aquella noche, todos esperaban con impaciencia que llegase el momento de las consultas.

A las once, bajo la presidencia de la señora Mérof, empezaron los juegos, se hizo traer un barreñón de plata de cerca de un metro de diámetro, lleno de agua, en unión de una bandeja llena de cáscaras de nuez doradas, una mitad de las cáscaras tenían una candelita de cera color rosa y las restantes de color blanco. Estas representaban á los caballeros, las otras á las señoras.

Cada cual tomaba una cáscara escribiendo su nombre con lápiz en un pedacito de papel, que se arrollaba y ponía en la cáscara; luego se puso todo aquella flotilla sobre el agua, encendiendo antes las

velitas; la señora Mérof, con un bastón de marfil, agitó tres veces el agua y las débiles embarcaciones se balancearon.

Era un espectáculo curioso ver tanta cabeza juvenil inclinada sobre el recipiente; eran una docena de muchachas é igual número de jóvenes. Como madre prudente, la señora Mérof escogió con cuidado á los últimos. Aquellos juegos concluían con frecuencia al pie del altar. Pero la relativa libertad con que en Rusia se deja á las jóvenes autoriza esta clase de diversión, que bajo la vigilancia de una madre inteligente no podía ser peligrosa.

Cabezas rubias ó morenas, alumbradas en su parte inferior por la luz de las candelitas, seguían con atención las menores oscilaciones de las cáscaras que debían terminar por abordarse entre sí. Como cada cual seguía la suya con los ojos, tratábase de averiguar si la casualidad reuniría á los indiferentes ó á los amigos.

Cada vez que una candelita rosa abordaba á una blanca se oían risas y exclamaciones alegres. La señora Mérof, á la dorada flotilla unió otra plateada llevando á su bordo los nombres de los héroes y las heroínas famosas en la historia. Aun duraban las risas cuando una embarcación se acercó á otra de igual color, pero al cabo de un instante Mariana declaró que aquello no era serio y que los héroes y las heroínas no hacían más que estorbar, y con mano ágil uno tras otro los fué sacando del agua. El juego empezó otra vez y la asamblea redobló su atención.

A las dos ó tres vueltas la casualidad vino á dar razón á los comentarios que durante el invierno corrieron de boca en boca. La barca de un alférez de navío fué á tropezar con la de una prima de Mariana, y ninguno de los dos pudo sustraerse á las bromas de los demás.

Hasta entonces, Mariana había visto su cáscara

bogar solitaria. Cuando las barcas abordadas se retiraron dejando más espacio á las restantes, apoyó sus manos sobre el borde del recipiente mirando la maniobra con más atención.

En el centro flotaba una cáscara grande llevando á popa la bandera del general Boum, iba á abordar la de Mariana, la joven levantó los ojos viendo á Vera que se sonreía con malicia. Con rápido ademán sumergió la mano en el agua y su nave, rechazada con violencia, fué al otro extremo tropezando con una cáscara que estaba sola.

—¡El señor Dournof! — exclamó burlescamente Vera.

—¡Eso no es legal! — protestaron dos ó tres voces — hay que separarlas.

—¡Yo no quiero al general Boum! — exclamó Mariana con entonación de niña mimosa, volviendo hacia Dournof su coloreado semblante.

Su respuesta desarmó á los descontentos; quitaron el recipiente para cambiar de diversión. Dournof presenciaba aquellos juegos con sonrisa de filósofo indulgente, aunque joven tenía muy poco de tal. El trabajo asiduo, absorbiendo sus mejores años, le hizo tener muy poca afición á la vida social. En otro tiempo le gustaban las fiestas, pues en ellas podía hallar á Antonia. Pero desde que la mártir dormía el sueño eterno en el cementerio de Pargolovo huía de la sociedad joven, tanto como buscaba la de los hombres de edad é instruidos en la cual pudiese aprender algo.

La sociedad que antes frecuentó sólo tenía un poco de semejanza con la de ahora, ignoraba ese lujo refinado, ese gusto completo que reina ahora en las casas ricas; las seducciones á que apelan las mujeres; á pesar del buen gusto de Antonia, siempre vió en sus trajes algo de mezquino impuesto por su madre. Aquí las ropas más caras no eran aquellas

donde los terciopelos y las sedas se derrochan, el arte con que estaban hechas revelaban la mano hábil que sabía hacerse pagar bien.

Nunca había visto tratar con mayor desprecio el satén y los encajes; en la manera de arrastrar el *chantilly* de un volante se conocía en el acto á la burguesa enriquecida ó á la gran señora. Los volantes de la burguesa podrían ser más hermosos, pero los trataba con cuidado; la señora no hacía caso de ellos. En medio de esa sociedad elevada hay otra que puede calificarse de *hecha de pronto*. Dournof iba adivinando poco á poco, y también aquel lujo penetraba en su espíritu de un modo gradual, como si estuviese predestinado para él.

La vivacidad con que Mariana apartó la cáscara del general Boum le hizo sonreír como á los demás. ¡Pero aquellas niñerías qué significaban para él! ¡A los veintisiete años de edad se veía muy por encima de todas aquellas pequeñeces! Sin embargo, la suerte unió más de una vez su destino al de Mariana. Los sortilegios también tienen su malicia, especialmente cuando una mano caritativa viene en su auxilio.

Esa mano era la de Vera. Sea por burla ó por ese instinto de casamentera innata en las mujeres, procuraba no separar la suerte de Dournof de la de su amiga, no perdiendo la menor ocasión de hacerlo.

Las mejillas de la señorita Mérof seguían luciendo los colores más vivos; en la contemplación de las suertes seguía mostrando una vivacidad alegre, oculadora de un poco de ansia. Por último, á la conclusión de la velada, cogió una especie de baraja en la que estaban escritos varios nombres y las fué distribuyendo entre la concurrencia. A medida que las iba repartiendo, las risas la seguían, pues había mezclado los nombres de los dos sexos, distribuyéndoles de un modo burlesco.

Al llegar ante Dournof la joven miró con rapidez

las últimas cartas, la que llevaba su nombre la había puesto debajo. Al querer tomarla hizo caer una y Dournof se bajó para recogerla...

—No,—le dijo la joven,—tome usted esta.

Cogió la que le presentaban leyendo en alta voz: Mariana.

—¿Qué dice la que se ha caído?—preguntó uno de los dos concurrentes al que estaba á su lado.

Este se bajó para recogerla, leyendo:

—Antonia.

Dournof palideció; rendido por la emoción, dejó caer los brazos. Mariana adivinó lo que le sucedía.

—Le pido á usted perdón—le dijo en voz baja—ignoraba el nombre de la carta.

Antes que el joven recobrase su sangre fría Mariana continuó el reparto haciendo brotar de todas partes exclamaciones irónicas ó de alegría.

Se rompió el círculo y antes de la cena se bailó una mazurca, renaciendo la jovialidad por todas partes.

Dournof no bailaba y se fué á refugiar al ángulo más obscuro del salón; allí, cubriéndose los ojos con la mano, pensaba en el cementerio, en las flores que ya hacía tantos días debió haber helado el viento del invierno, notando que desde su encumbración había abandonado mucho la tumba de Pargolovo. Una sombra se detuvo ante él haciéndole levantar los ojos.

—Caballero, tengo la mano desgraciada y usted debe odiarme—le dijo Mariana.

No, no la odiaba, Dournof, la admiraba; aquella gracia loca y sencilla, aquel candor virginal lleno de seducciones, no podían inspirarle odio.

—Sin embargo,—añadió la joven sentándose á su lado mientras su madre la creía vigilando los preparativos de la cena;—le aseguro que su pesar me ha emocionado... Sí, he sido curiosa y muy culpable...

he sabido cuán digna era *ella* de su amor de usted y comprendo cuán grande ha de ser su dolor... sin embargo, usted es joven, aun puede haber en la vida alegrías para usted... no le faltan buenos amigos que le quieren, ¿acaso es cuerdo vivir lejos de todas las alegrías?... ¿es que obedece usted la voluntad de la muerta?

La voz de Mariana estaba tan llena de ternura, sus ojos expresaban tanta compasión, que Dournof le repuso:

—No, *ella* nada me ha prohibido.

—¿Le permitió que amase á otras, crearse una familia?

—Me lo ha mandado.

El silencio siguió á esta contestación. Después la melodiosa voz de Mariana, tan ligera como un soplo, murmuró:

—Su esposa ha de ser muy feliz, puesto que usted sabe amar.

Desapareció, dejando al joven lleno de una nueva emoción que no sentía hacía mucho tiempo.

XXI

El amor es comunicativo. Hay en las palabras y en los actos de un corazón amante una especie de magia á la cual nadie puede resistir si no tiene algún lazo que le proteja. Dournof carecía de protección, indudablemente el alma de Antonia cesó de velar por él, pues le dejaba indefenso, y poco á poco Mariana iba ocupando su sitio.

No era un amor grave y mesurado como el que sintió por su querida muerta; era la embriaguez á que paulatinamente se iba apoderando de su ser. La voz, el traje de Mariana, sus rubios cabellos que flotaban en caprichosos bucles, el roce de sus finas manos, la gracia de su magnético mirar, sumiso y fiel como el de un perro de caza, todo esto seducía á Dournof haciéndole perder la cabeza.

Al regresar del ministerio sentábase en el sillón al lado de la mesa, en donde había un retrato grande de Antonia, permaneciendo pensativo; pero sus miradas, que antes se fijaban en aquella imagen para pedirle fuerzas y perseverancia, huían ahora. Pensaba poco en la fuerza moral, en la virtud cívica. Mariana poco á poco iba derramando en su ser el veneno que hizo dormir á Anibal las dulzuras de Capua.

Niania, cada vez más grave y triste, pronto notó ese cambio; durante la noche esperaba á su amo, el que la hallaba en su propia habitación, á donde iba ella á dar una última mirada, lo mismo que hacía an-

tes con la de Antonia; los cuidados de la anciana nada habían perdido de su asiduidad, pero una especie de triste resignación se revelaba en ella.

Una tarde que Dournof regresó antes que de costumbre se atrevió á hablarle.

—¿Es verdad que el ministro tiene una hija?—le preguntó.

—Sí—repuso el joven evitando la mirada que le dirigía.

—Dicen que es muy hermosa.

—Es verdad.

Niania movió la cabeza con pesar.

—Perdóname, señor, si te faltó al respeto; pero también dicen que ella te ama mucho.

El corazón de Dournof tembló de placer, como cuando se recibe una buena noticia... Decían que le amaba... ¿luego era verdad? ¡Qué dulce le era ser amado por una joven tan bella!

—No lo sé—repuso turbado.

—Si te ama y es buena puedes casarte...

Niania, ahogando un sollozo, llevó á los ojos la punta del delantal.

—Puedes casarte—añadió.—Es necesario que lo hagas, un hombre no ha de estar siempre solo... es hija de un ministro y es buena para ser tu esposa—añadió levantando la cabeza con orgullo.—Nuestra Antonia te dijo que te casaras.

Dournof miró el retrato de Antonia, que sin la compasiva mano de *Niania* hacia tiempo le hubiese ocultado el polvo; la previsorá bondad de la muerta, su abnegación, sus virtudes, su sacrificio completo, se presentaron de repente á su imaginación.

—¡Perdón, perdón!—exclamó cogiendo el retrato.—Eras un ángel.

Cubrió de lágrimas y de apasionados besos aquella imagen que aun parecía mirarle con aquella cal-

ma y dignidad que colocaron á Antonia sobre las demás mujeres.

Niania también lloraba, pero sin ese arrepentimiento que tanto hacía sufrir á Dournof.

—Sí, era un ángel—dijo la criada poniendo una mano sobre el hombro del joven—pero está en el cielo, pues tengo la seguridad que Dios le habrá perdonado el que atentase contra su vida. ¡Tú eres hombre y ya hace mucho tiempo que vives solo.

—¿Es que crees que ella me perdonaría?

La profunda mirada de aquella mujer que tanto había sufrido y aprendido en la vida escudriñó hasta el fondo los turbados ojos del joven y le contestó:

—¿Amar á otra lo mismo que á *ella*? ¡Eso no podrás hacerlo!

Dournof comprendió que era verdad, que nunca podría amar á otra mujer como amó á Antonia.

—Pero que ames á una mujer honrada y tengas hijos, ella te lo mandó. Hemos llorado mucho juntos—añadió *Niania* bajando la voz,—yo te amo porque ella te amaba, y te amo como si te hubiese llevado en mis entrañas; pero antes no te quería así. Fué *ella* al ver que se acercaba la muerte quien pensó en todo. Ella me mandó amarte como si fueses mi hijo, servirte y protegerte contra el espíritu del mal. También me dijo que te casases y que entonces fuese yo sumisa con tu mujer y servicial con tus hijos.—Obedeceré, obedeceré—dijo *Niania* con voz entrecortada.—Seré una criada sumisa, pero no permitas á tu esposa que me arroje de tu casa... pues te amo, te amo por el amor de *ella*, y tú eres todo lo que de *ella* me queda.

La criada se calló, secándose el semblante con el delantal. Dournof le oprimió una mano diciéndole con aquel apretón que nunca la arrojaría de su lado.

—¿Entonces—preguntó el joven en voz baja—*ella* te dijo que me casase?

—Sí, la noche antes de su muerte, y también me entregó un papel escrito para ti.

—¿Un papel?

—Sí, para cuando trates de casarte.

—¡Ve á buscarle... pronto!

Niania obedeció, regresando con un papel amarillento, doblado, que Dournof desplegó temblando de emoción.

“Mi bien amado—decía—cuando hayas hallado la mujer á quien debes amar, no dejes que mi recuerdo ponga entre vosotros una barrera. Seré feliz si te veo dichoso, y mi bendición caerá sobre tu esposa”.

—¡Valía más que yo —exclamó el joven vencido por tanta grandeza, besando el escrito hecho con mano debilitada por la próxima muerte.—¡Valía mil veces más que yo, santa querida, qué bien has hecho en morir. No hay en la tierra un hombre digno de tí!

Niania se retiró discretamente, y Dournof aquella noche pensó más en Antonia que en Mariana.

XXII

No tardó Mariana en recobrar su dominio hacia el joven. ¡Qué eran las virtudes de Antonia dormida bajo un bloque de granito, ante las gracias que renacían de continuo de aquel ser vivo y rebosante de encantos!

¡Estaba ella también enamorada! Su corazón, ligero y frívolo tenía algún sentimiento de bondad y Dournof había entrado en él por la puerta de la compasión, manteniéndose por el orgullo; en aquel momento ni quería ni podía amar á nadie más que á Dournof. Lo decía con sinceridad, con toda su alma, y era verdad.

Animada por tan hermoso fuego fué un día á buscar al ministro á su gabinete.

—Papá —le dijo—¿quién es el primero de los presidentes jóvenes?

—¿Cómo el primero? —preguntó el padre con asombro.

—El más inteligente, el que tiene más porvenir, en fin ¿cuándo tú te canses de ser ministro, quién te reemplazará?

Un poco sorprendido por tanta previsión, el bueno del padre le repuso:

—Creo, si las apariencias no me engañan y las circunstancias no varían, que mi sucesor será Dournof.